

En real al mes.

En Madrid para los suscritores á la *Biblioteca Popular y Museo de las Familias*, y á rs. por tres meses, en las provincias franco el porte.

LA CRONICA.

Dos reales al mes.

En Madrid y 10 rs. por trimestre para los que no sean suscritores á la *Biblioteca Popular y Museo*.—Se publica todos los domingos del año.

SEMANARIO POPULAR ECONOMICO.

AVISO.

Por el correo y en Madrid, se ha distribuido ya el tomo de las **Adicciones al Quijote**, ofrecido como regalo á los suscritores constantes á ambas secciones de la Biblioteca popular, bajo las condiciones estipuladas, circunstancia que nos facilita el medio de darle á los mismos suscritores que no tienen derecho á ellas en el ínfimo precio de seis rs. en Madrid y siete en provincia, franco el porte, pudiendo hacer oportunamente su pedido, los que gusten recibirlo. Los que no sean suscritores á las obras del establecimiento, pagarán diez rs. en Madrid y doce en provincia.

De la **España Geográfica** se ha repartido ya la entrega 15 en provincia y la 14 en Madrid. Continúa abierta la suscripción por entregas á razon de dos rs. en Madrid, y dos y medio en provincia, donde es necesario aboar cuatro de una vez.

EL ASNO MUERTO

Y LA MUJER QUELLOVENANA.

(Continuacion.)

Va me veía en el río, y ni la frescura del agua, ni la fuerza irresistible que repentinamente se apoderó de mí y me arrastró, ni la huida de la diosa, me arrancaron de mi sueño poético; yo nadaba en medio de aquellos dos grandes ríos que se disputaban mi cuerpo como una presa, sin pensar en los peligros que me rodeaban; dejábame empujar complacido por los esfuerzos de ambos; ora me sentía blandamente mecido en brazos del Saona, ora el Ródano me arrebatava violentamente á esta dulce union, y me arrojaba con furia; otras veces colocado en los confines de los dos poderosos rivales; impellido por el uno y detenido por el otro, permanecía inmóvil, y entonces seme parecía de nuevo la vision tan bella, tan risueña, tan jóven como antes; un instante me vi tan cerca de ella, que me precipité para arrebatarla; y no sé lo que fue de mí ni á que felicidad fui admitido; ni á que inderible recompensa fui llamado; pero pa-

sado un día entero, me desperté en la granja de un campesino, la noche descendia de las montañas, los bueyes se retiraban al establo lanzando mugidos melancólicos, y mi cabeza se hallaba apoyada en uno de esos hermosos y vigorosos remeros del Ródano, de los muchos que todavía se encuentran en Condrieu, mientras que en las demas partes degenerados de su osadía para la navegacion, se han convertido en tímidos y astutos mercaderes sin conservar en sus venas una gota de la sangre de sus padres.

¡Ah! tenéis mi muerte, que como veis, fué un hermoso sueño: soy enteramente de la opinion del italiano y del otomano, pues es claro que la muerte penal de la Italia, la muerte despótica del Oriente, y la muerte voluntaria del Occidente, no son más de temer la una que la otra; y desde aquel día estoy de acuerdo con el filósofo que pensaba que vivir y morir todo era uno; solo si me incomoda que habiéndome dormido una vez, me hayan despertado.

De esta manera habló el jóven, y cuando acabado su discurso echó de ver la atencion de los oyentes que duraba todavía, su rostro se puso de color de púrpura, se retiró el con viveza del sillón sobre el cual se había inclinado, y sin querer tocó ligeramente con su megilla la megilla de la jóven que estaba sentada delante de él. Con este motivo observé que el encarnado era contagioso; y daba realmente gusto de ver aquellos dos seres jóvenes colorarse de repente con el mismo matiz.

Vuelta de su sorpresa la tertulia, la discusion comenzó con mas calor; los adversarios de la pena de muerte no hallaban que responder á semejantes argumentos, y mientras que se devanaban los sesos por encontrar algunas razones plausibles, los partidarios timoratos de la muerte legal, batidos un instante, y que hasta entonces habían temido ser calificados de crueles, volviendo á la carga con mas valor, no acababan de dar pruebas sobre pruebas. Todos luchaban por acordarse de haber muerto á lo menos una vez en la vida: el uno en medio del bosque de Boloña, había caído atravesado de una estocada, y recordaba muy bien que el frio del hierro no era una sensacion desagradable; el otro había recibido una bala en el pecho sin sentir el menor mal; estotro había dado una

cada que le había hecho pedazos el cráneo, y no se acordaba de nada; no hablo de las fiebres pútridas, de las fiebres malignas, de las fiebres cerebrales, de todas las fiebres posibles; en una palabra, tan bien lo hicieron, que se delujo por una nimiedad la consecuencia de que la muerte no era un dolor; que la muerte por un crimen era de parte de la sociedad mas bien que una satisfacción equivalente, una precaución para su reposo; que pagar la muerte á espensas del honor en una batalla era positivamente oficio de bobos, y que tener la muerte en la cama era oficio de cobardes.

A esta altura se hallaba la cuestión, cuando un robusto clérigo, que recostado en un gran sillón como quien dichosamente digiere una buena comida, guardaba simetría con el turco, alzándose con esfuerzo de su asiento, se metió en el centro de la tertulia, delante de la chimenea y en frente de la centellante lumbre; arregló su persona como mejor pudo, se puso de nivel sobre sus pies, y como era hombre de sensatez y cordura, uno de aquellos clérigos viejos y concienzudos á quienes la revolución había arrojado al estrangero, y que vueltos á su patria se habían dedicado á reconstruir en lo posible la vida de canónigos, marcada con el sello de un bien estar tranquilo para sí propios, y de una caridad activa para los demas; el digno hombre fué escuchado con atención.

—¿Por san Antonio! diga, ¡vaya una discusión magnífica sobre la pena de muerte! Paréceme, señores, que la tomáis con harta frescura; ¡ah! si como yo, hubiésetis estado á pique de morir de una indigestion, hablaríais de la muerte con mas respeto!

CAPITULO XVI.

El hospital de los capuchinos.

[Fuego] ¡y qué atento seas, señor!
SHAKESPEARE.

Esc. es.
H. LARSON.

Pero en vano procuraba yo distraerme; todos estos episodios de mi estudio favorito no hacían sino hundirme cada día mas en él, y cada día me sentía mas poseído de no sé qué deseo espantoso de luchar con el horror hasta el extremo, de saber al fin si podría vencerle ó si quedaria vencido por él; ahora bien, para mi el horror no existía sino donde estaba Euriqueta; aquella naturaleza tan vacía y tan falsa, aquel abismo de egoismo y de debilidad, aquel ser que nada tenía de la criatura moral, aquel indefinible viviente al cual me había yo apegado, y á quien por la pista seguía en el sendero del vicio, volví á encontrarle otra vez una mañana. ¿Os dire donde? ¿me atreveré á decirlo? Sin embargo es forzoso; en el mundo tal como le hemos hecho, semejante siffo es un lugar tan fatal, tan necesario y casi lo he dicho ya, tan inevitable como la Morgia. Una muger entra en él con corona

de flores y vestido de gasa, y sale de él con frecuencia vestida de gasa y coronada de flores; pero el espacio estrecho en que se la encierra, el aire que respira, las fetidas torturas que la aguardan, la afrenta de la miseria, todo hace de aquel lugar formidable; como una primera condenacion poco menos terrible que la que aguarda al crimen después de la muerte.

Al extremo de la calle de Santiago, se encuentra un antiguo monasterio, triste, y aislado, asaz parecido á los hospitales de leprosos del siglo onze, que á su lado izquierdo tiene una sucia é infecta fábrica de velas de sebo, y á cuyo ángulo derecho una pobre revendedora de manzanas ha hecho una cañaba de madera que va pasearse constantemente á su puerta á una cabra grande, flaca y huesosa. Entrais en el edificio, y no hallais una mirada de benevolencia ó de piedad en los guardianes ni compasion en el médico, ni confianza en los enfermos; allí solo se ven las costumbres, solo se vé el espanto, solo se vé el egoismo de una ciudad devastada por la peste, solo se vé lo que hay de mas malo en el mundo, la vergüenza en el enfermo y los agudos dolores que no osa confesar. Dentro de aquellas paredes reinan el terror, el hambre, las pasiones voraces, una inquietud que crece á cada momento, un mal que toma todas las formas, que usurpa todos los puestos, la repugnancia asquerosa y el horror; el aire está impregnado de todo ello, el agua que corre al lado está por lo mismo mas cenagosa que en otras calles. En aquel recinto vi jóvenes pálidos, lividos, cetrinos, imbeciles, privados de su razon naciente, victimas insipidas de una insipida pasion; á su lado padres de familia cubiertos de luto por sus mugeres y sus hijas; mas lejos, ancianos á quienes el arte conservaba, precisamente como otros tantos fenómenos curiosos; este aspecto me causó horror. Ya iba á salir, cuando me dijeron que tambien habia mugeres, y quise verlo todo.

Subí á su departamento, y en la escalera tropecé con nodrizas indolencadas por sus hijos de leche, á quienes daban aun su ajado pecho con una mirada mas compasiva que cólerica; junto á ellas unas pobres muchachas campesinas ocultaban la cabeza en sus delantales de lana burda, llorando y no comprendiendo cosa alguna de su enfermedad ni de la sonriosa mofadora con que eran recibidas; y á la puerta de la cámara una jóven, sola, víctima de su marido, inmóvil como una estatua de Níobe, estaba aguardando un lecho al lado de cualquiera prostituta. Yo entré en la sala que es inmensa; en ella reían á carcajadas y jugaban á mil juegos; unas se embellecían con un velo de lana; otras se ataviaban con un pelador; las mas jóvenes, medio desnudas, disputaban sobre cual era la mas jóven, y otras proferían juramentos espantosos ó cantaban con una voz ronca alguna canción de borrachera ó de disolucion. ¡Tan teos y pálidos como estaban los hombres, estaban frescos y blancas la mayor parte de las mugeres! ¡Mugeres des-

venturadas! ; harto bellas para serlo todavía allí ; harto indiferentes sobre su suerte para cantar todavía allí! ; harto fuertes para reirse de aquellas torturas! ; cuánta felicidad desperdiciada! ; cuántas ilusiones perdidas! Pero de repente la sala quedó en el mayor silencio, y poniéndose en órdea, todas desfilaron para presentarse á donde el médico las aguardaba; en el lecho de miseria.

El lecho de miseria ocupa una sala baja, pequeña, alumbrada por una sola ventana que está encima de un albañal, sus paredes son blanquecinas, y se ven estravagantemente adornadas con figuras obscenas debidas á la ociosidad de las pacientes. Hay sobre la cama un simple jergón cubierto con un lienzo negro; al lado, instrumentos cortantes, y un brasero lleno de fuego; al rededor, antiguas moradoras del edificio, que por sus servicios han merecido asistir al espectáculo; y en el único asiento de la sala el cirujano que habla de ómicas y de periodicos con sus discípulos. Enmedio de ellos me hallaba yo, y me complacia en mirar por la puerta entreabierta todas aquellas mugeres cubiertas con un peinador que aguardaban el turno respectivo, con tanta impaciencia como si se hubiese tratado de una entrada de la ópera. Había entre todas ellas cabezas encantadoras, cabezas de niñas, delicadas y decentes, con las labios entreabiertos y una ligera sonrisa; cabezas hermosas con cejas arqueadas, con mirada expresiva, con cabellos negros; era aquello una mezcla confusa y variada de bellezas diversas, un verdadero serrallo, que despertado durante la noche por el sultán, llega con los pies desnudos hasta la puerta de su retrete aguardando en un respetuoso silencio sus órdenes y su paje.

Oyóse una voz..... ¡un nombre! y del centro de la turba que se apartaba á su paso, la vi llegar con la cabeza erguida, la mirada altanera, y siempre hermosa..... echóse sobre el lecho de miseria con tanto desembarazo como sobre la pradera de Vauvres, aguardando la acción del cirujano; el silencio era grande, el hombre estaba armado de tijeras encorvadas, cortaba en carne viva, y solo se oía el ruido sonoro del instrumento; mas, cuando la jóven, vencida por el dolor, hacia un movimiento ó lanzaba un gemido, respondíale con gritos de cólera ó de menosprecio. Yo, dividido entre el horror y la piedad, entre el amor y la repugnancia, observaba aquella infeliz, y contemplaba con admiración su valor, su blancura, su mano delicada y suave, su garganta ligera y graciosa, toda su hermosura reducida á la nada misma, y decía entre mí, que ella podía haber hecho la ventura de un rey y había descendido al último escalon de la humanidad degradada! Cuando el cirujano hubo acabado con el hierro empleó el fuego, quemando despiadadamente, y mirando por intervalos su obra con la complacencia de un pintor jóven que acaba un paisaje. Despues con una voz dura gritó: ¡déja el puesto para otra, y que no te vuelva yo á ver aquí! Levantóse ella pálida y atormentada por el dolor,

y otra enferma la habla ya reemplazado sin haber reparado yo todavía que ella hubiese desaparecido.

CAPITULO XVII.

La Vuelta.

[De veras.]

Al fin salí de aquel sitio fatal: llegado á la puerta, volví á subir en mi carruaje, cabrióle de campesino usaz feo, pero ancho y cómodo, y el cochero aguardaba ya la órden de partir, cuando de improviso, hacia la mitad de la calle de la Salud, junto á una esquina y á ocillas del lodazal que perpetuamente la cubre, vi un grupo blanco y yerto que parecía estar aguardando el medio de escapar de tan penosa situación. Al momento tomé mi partido:— Dame tu carrik y tu sombrero, y sube á la zaga, dije al cochero, y embanastándome en el carrik galoneado, y calándome el ancho sombrero hasta los ojos, me dirigí como un verdadero cochero de alquiler hacia aquellas dos mugeres.

Era una de ellas Enríqueta, y la otra aquella muger jóven cuya decencia y cuyo dolor me habian interesado; curadas ambas á un mismo tiempo, ambas habian sido echadas á la calle, medio desnudas, muertas de frío, la una sin tener asilo, y la otra sin saber como volver al suyo.

Bajé del carruaje y les dije:— ¿Queréis subir, señoras?— Apenas hube hablado, rogó un asiento Enríqueta sin hacerse mas de rogar.

— No me atrevo, caballero, me respondió la otra; mi marido vive muy lejos, y dudo que espague.— Al mismo tiempo se cubria cuanto le era posible con un chal negro, pieza única que no habia dada á sus compañeras de infortunio, y se sentó en el guardacanton, cubiertos los pies con unas habuchas viejas que por todas partes dejaban entrar el agua.

— Subid sin embargo, señora, repliqué yo con el látigo en la mano, ya pagareis cuando querais.— Y me senté enmedio de ambas en el carruaje. En aquel instante salia igualmente del hospital una turba de mugeres, la mayor parte de las cuales era recibida con trasportes de júbilo por hombres de rostros equivocados; la taberna vecina resonaba con los gritos de alegría, los coches de alquiler se llenaban de parroquianas, y entre la turba algunas viejas con aire innoble se apresuraban á posesionarse nuevamente de sus pobres muchachas.

— ¿Adonde vamos, señora? pregunté dirigiéndome á la jóven desconocida.

Tan turbada estaba que apenas me oía; vivia cerca de la Bastilla, y á medida que nos acercábamos, cada nueva calle la ponía mas triste, lo cual observado por mí, la dije llevando el caballo al paso:— ¿Qué tenéis pobre señora? y porque temblais de esa manera?— Ah! me respondió ¿cómo va á recibirme mi marido? ¿cómo me perdonará todo el mal que me ha hecho?— Y vi su rostro pálido y tirido.

con las señales del padecimiento, del dolor y del hambre.—¡Tened ánimo, la repliqué, pasando por debajo del arco de la Municipalidad.—¡Animo! ¡bien le ha necesitado desde que existo! ¡desventurada! ¡un año de tortura y de prisión por un mes de matrimonio!—El carruaje caminaba, y llegamos á la puerta; yo paré el caballo, pero la joven no hablaba una palabra, y aguardando que lo hiciera, la dejé serenarse en lo posible. En cuanto á Enriqueta, sintiéndose traspasada de frío, había metido la cabeza debajo del último cuello de mi carric, y había puesto sus dos manos sobre mis rodillas, quebrantada de cansancio y dolor.

Por último dije á la otra joven:—¿Queréis que os acompañe hasta dejaros con vuestro marido?—Ella me dirigió una mirada lánguida, pero llena de reconocimiento, y entonces alcé con tiento la cabeza de Enriqueta, la coloqué cuidadosamente y abrí la portezuela; el aire dió en la cara de la infeliz que se había dormido, el frío la sobrecogió: ella abrió los ojos, y pronunció algunas palabras y un lamento vago y sin sentido; y la joven que ya pisaba el umbral de su puerta, sin decir nada, se quitó el chal negro que cubría sus hombros, y con él cubrió yo los de Enriqueta que luchaba aun con el sueño, mientras que mi cochero tenía el caballo de la brida.

La desventurada muger subió colgada de mi brazo á la escalera de la casa, la cual estaba tranquila, limpia, fría y tan arreglada como casa de usurero; detuvimos en el segundo piso, llamamos, y una voz respondió:—adentro.—Yo abrí la puerta, la muger estaba pálida como la muerte, yo entré el primero, y fuimos recibidos por un hombre rodeado de cartones verdes y de papeles; acogió á su muger como si la hubiese visto la víspera, sin una palabra de cariño, sin una sonrisa, con un beso que me dió miedo porque el hombre tenía los ojos encarnados, se le veía caerle el pelo, y su rostro se hallaba cubierto de estendidas póstulas.—¡Ah! ¡infeliz muger! exclamé acercándome á ella; ¿qué venis á hacer aquí? ¿qué fatalidad os conduce de nuevo á vuestra perdición? ¡aquí...! mejor estaríais en el lugar de donde cabals de salir.—El marido se sonreía con aire burlon y continuaba recorriendo sus papeles.

La muger se puso á llorar, en seguida me miró, y pareció decirme:—Conozco mi suerte; dentro de un año volved á recogerme al mismo sitio!

Sali de la habitacion y bajé la escalera con un temblor convulsivo; mi cabeza tropezó con una cosa; era la cabeza de mi caballo.

CAPITULO XVIII.

La casa de Julia.

¡Valor!
CARON.

¿Adonde queréis ir? pregunté á mi otra parroquiana, luego que hubo vuelto un poco de mi emocion.

Enriqueta no respondió nada y me miró atónita; como si no hubiese pensado en que debía ir á alguna parte. La infeliz en efecto no tenía ya asilo; en otro tiempo, antes de entrar en el hospital, tenía una casa deliciosa, un retrete dorado, todas las comodidades del lujo y disfrutaba de los lentos paseos del mediodía por el centro de la calle de las ricas tiendas; de esos paseos tan queridos de una muger linda, en los cuales deteniéndose de almacén en almacén, y recogiendo los murmullos aduladores de las modistas jóvenes que trabajan en ellos, elige un objeto entre mil, se prueba un sombrero, luego otro, añade ó quita una flor, compone su tocado con una simple gasa ó con un bordado rico, y despues de cuatro horas de este trabajo, carga de cajas á su criado, y sube á su carruaje de nuevo para ataviarse á la noche con tan brillantes frivolidades.

Pero ella había sido ignominiosamente lanzada de aquel asilo: otra hallaba ahora aquellas suntuosas alfombras, aquella magnífica cama y aquella misteriosa atmósfera; otra y no ella, en medio de veinte convidadas, presidía á aquella mesa tan delicada y tambien servida; para otra eran aquellos muebles preciosos, aquellas pinturas, aquellos diamantes destlumbadores, aquellos lacayos sumisos, aquellos caballeros retozones y aquellas armas mentirosas pintadas á los lados del carruaje. Ahora ¿adonde irá? ¿qué casa la querrá recibir, tan pobre, tan débil, tan mal vestida? y revolvía ella en su memoria los sucesos de toda su vida para saber á donde iria; yo aguardaba pacientemente, interesándome aquel combate de un género nuevo, y congratulándome porque iba á saber á donde podía dirigirse una muchacha que salía de la calle de Santiago.

Entre tanto procuraba ella recordar los jóvenes que otro tiempo la rodeaban haciendo protestas y rindiendo homenajes, pero ninguno de estos homenajes le pareció bastante sincero para atreverse á confiar en él, hallándose en semejante pobreza; había tenido muchas amigas, pero á ninguna había amado, y por otra parte en los tiempos tan multiplicados de miseria y de infamia que persiguen á una muger, quizá todas ellas habían caído igualmente á la misma profundidad; despues se esforzaba por traer á la memoria ciertos consejos que le habían dado en el hospital, una protector á la cual la habían dirigido misteriosamente, y un asilo que le habían recomendado con calor; pero á pesar de su afán, no recordó mas que el nombre sin las señas, tan falta de precaucion era aquella criatura, y tanto contaba con su buena estrella.

Oído el nombre, me dirigí por el paseo, sin saber de que lado echar, y naturalmente me encaminé hacia el barrio mas rico y mas corrompido; pero por fortuna en medio del camino me encontré con algunos militares, arrogantes mozos de la guardia, que llevaban del brazo á unas muchachas de tres pies de estatura y de caras horribles; y que iban

tan orgullosos como si hubiesen acompañado á unas princesas. Señores, grité á los soldados, ¿tendréis la bondad de decirme donde vive la señorita Julia S...? La pregunta los dejó parados, pues, si bien mas dichosos que yo conocian el nombre y habían oído con frecuencia hablar de él, como se habla entre los verdaderos creyentes del paraíso de Mahoma, érales sin embargo imposible indicarme las señas de la casa que buscaba; las muchachas colgadas de los brazos militares, y muy fastidiadas por no saber mas que ellos, me miraban sin moverse; hasta que al fin un cabo, retorciéndose el bigote, me dijo:— Si Agueda no sabe daros esas señas, será preciso que vayais á pedirselas á mi teniente, que puede ir á la casa con los ojos cerrados. En esto Agueda, que se había quedado atras, llegó lenta y magistrosamente, como una muger de tono que se reúne con gente de menos valer, que tiene un sombrero, guantes y un manto de cachemira; yo la saludé profundamente. — ¿Podriais indicarme la casa de Julia S..., señorita, si, como asegura el cabo, la conocéis? — ¿Si conozco á Julia? respondió la señorita Agueda; me hallo gracias á la suerte, á bastante altura para conocerla, y si yo quisiese, la conoceria mas aun. En seguida enderezó orgullosamente la cabeza y el cuerpo. Así pues, señorita; Tendréis la bondad de darme las señas? — ¿Por quien me tenéis? replicó la señorita Agueda, echando fuego por los ojos. — Vamos, vamos, Agueda, sé amable, dijo el cabo, no te hagas de rogar para servir á un joven; qué diablo, justo es que le pruebes que conocemos la buena sociedad, y algo de elevado, y no solamente chiclelas de puro fusle que no hañ salido del arrabal paterno. — Las pobres muchachas se mordieron los labios. La señorita Agueda arrojó una graciosa sornisa, y señalando con su indice, me dijo: — seguid todo derecho, al extremo de la alameda volved á la derecha hasta el Palacio Real, y en la tercera calle á la izquierda encontrareis la puerta de Julia. Al oír este itinerario, el cabo estaba orgulloso de tener tal compañera, los soldados estaban orgullosos de tener tal cabo, y yo mismo estaba orgulloso de haber encontrado á la primera investigacion las señas de un establecimiento que ciertamente no estaban en la *Guía de forasteros*; ¡he ahí como cada cual entienda la gloria á su manera!

Mientras guiaba mi caballo, examinaba yo á Enriqueta, procurando penetrar la razon de su inmovilidad y de su confianza, y sin embargo era claro que iba á representar un gran papel, y que tenía el pie levantado para descender completamente de una vez al abismo del vicio; en mi sentir, el socorro que ella buscaba era horrible, aunque al verla parecia que llenaba un deber fácil de cumplir; y yo, que por la fuerza de las cosas la conducía por aquel camino fatal, yo, instrumento ciego de que ella se servia para cumplir su destino, yo, que la había visto tan inocente y tan libre, me estremecía al pensar que iba á ser testigo de su última resolucion. Cuando llegamos á la casa de Julia, al

momento conocí la casa por el sosiego que la rodeaba, por su puerta entreabierta, por las miradas curiosas de los que pasaban, y por sus vidrios rotos.

Entramos en la casa, subimos su escalera sombría y sucia, y una vieja vestida de luto, no sé por quien, nos recibió y nos introdujo en una vasta sala; aunque era en medio del día, la habitacion estaba alumbrada por un quinqué, cuyo dudoso reflejo luchaba triste y languidamente con un rayo de sol de otoño, pálido, y lluvioso, que penetraba por un agujero abierto en lo alto de la ventana. En esta casa quedó Enriqueta instalada por de pronto.

CAPITULO XIX.

Silvio.

Lláname tu hermano,

S. ODENT, traducción inédita de Schüller.

Tengo amistad íntima con un joven llamado Silvio, amable y franco, de una naturaleza hermosa, fuerte, decente, esbelta y apasionada por una composicion dramática.

Para Silvio una muger era todo, mirábalas como seres de una naturaleza superior, y respiraba apenas en su presencia; pero su admiracion muda, sus homenajes silenciosos no habían sido felices para él; joven y hermoso, rico y valiente, con un gran nombre que él realizaba mas todavía, jamás había podido conseguir cosa alguna por no haberse puesto en evidencia, porque en general las mugeres, demasiado ocupadas en sí mismas, aborrian completamente en su propia contemplacion, no adivinan á un hombre, y gracias si le comprenden; pues para ella necesita él darse ruidosamente á luz, hacerse un comentario para su uso, y ataviarse espresamente, si quiere atraer una ojeada. Pero esto es lo que el joven Silvio no osaba hacer, y en vano había yo intentado que volviese de su exaltacion, pues no creía una palabra de mis consejos; ademas, no sé como había adivinado que yo estaba enamorado, pero lo sabía, se burlaba de mí con frecuencia por mi pasion misteriosa, contaba todos mis suspiros, explicaba mis palabras entrecortadas, mis distracciones intermitentes, mis grandes carcajadas, y me lanzaba una mirada de compasion que mas de una vez me hacia estremecer imaginándome que poseía él todo mi secreto.

Al día siguiente de mi fatal aventura me hallaba sumergido en tristes y vagas reflexiones, cuando entró Silvio en mi habitacion, acompañado del buen humor, que aun en lo mas fuerte de sus pasiones no le abandonaba jamás. Habíase figurado en un baile de la víspera que una muger le había apretado la mano, y estaba envanecido por ello, y venia á contarme su buena muerte.

— ¡ Adelantado estás por cierto! le dije suspirando.

—¡Adelantado! ¡me imagino que serías feliz si te hallases tú otro tanto!

—Te aseguro, pobre Silvio, que en ese punto me hallo mas adelantada que quisiera, y que tu mismo brincarías de contento, si supieras cuánto lo estás tú tambien sin pensarlo.

Silvio me miró abriendo extraordinariamente los ojos, y su jóven y bulliciosa imaginación se puso á componer una novela de amor bien complicada sobre una palabra suelta. Entre tanto yo estaba jugando con mi bolsa, una bolsa verde y muy sencilla harto preciosa para mí, y maquinalmente la vacié sobre el mármol de mi tocador, entreteniéndome en separar el oro de la plata, y entre la plata las monedas grandes de las pequeñas; Silvio continuaba distraído y yo le saqué repentinamente de su distracción.

—Sabes donde voy á llevarte, Silvio? exclamé recogiendo mi dinero para colocarlo de nuevo en mi bolsa.

—Silvio no respondió.

—Pues vamos á ver á una muger, la criatura mas encantadora, y tan bella que ni aun en sueños has podido crearla tú mismo: una jóven pura y fresca que vi hace menos de un año corriendo al sol en la llanura de Vanvres, sin pensar mas que en su sombrero de paja.

Escitáronse así sus deseos de conocerla y dirigiémoslos á su morada que no fué nunca de mi gusto. Al acercarnos ya le dije—es imposible dejarla en esta casa: es preciso arrancarla de ella á toda costa para impedir que se perverta.

Llegamos al principio de la calle, y ya distinguimos la casa, cuando percibimos á su puerta una turva ávida de curiosidad, y que crecía por momentos, un piquete de soldados y un comisario de policía con su faja; Silvio le conocía, y nos permitió penetrar con él en aquel sitio. Todo estaba en el mayor desorden: tratábase de un asesinato cometido durante la noche; contábase ya acerca de él pormenores horribles, todo el mundo se estremecía, y repetía el nombre de la culpable. Subí á su cuarto con el comisario, y solo vimos vestidos por tierra, pañuelos agujereados, zapatos viejos, y por añadidura detras de las cortinas de la cama un cadáver. Ella estaba sentada en un rincón, recogiendo lo que iba á llevarse á la cárcel, prendas viejas bordadas, rizos postizos, y otros ingredientes de un tocador de la última clase. En esto llegó un agente de policía, alargó ella sus manos á las esposas, y cuando todo estuvo listo, atravesó por entre la gente, subió á un coche de alquiler, y desapareció lentamente en medio de los silbidos y de la indignación pública.

(Se continuará.)

VOLCANES DE LA ISLA HAOUAI.

El grupo de las islas Haouai ó Sandwich, forma uno de los archipiélagos mas importantes de la Po-

lynesia (Océania oriental). El examen geológico de su suelo parece dar á entender que fuera primitivamente una cordillera de volcanes, nacidos de un banco de corales; pues el terreno no presenta en efecto mas que lavas y rocas calcinadas, cubiertas solo por algunas tierras de aluvion. Las montañas son aridas, y no ofrecen apenas el menor vestigio de vegetación, y los llanos parecen igualmente formados por erupciones volcánicas y restos de mariscos y de corales. A la profundidad de dos ó tres pies, bajo esta primera capa, encuéntrase otra de lava madreporica, muy porosa en su base, en la cual van á desalarse las aguas del mar, saliendo limpias y dulces. El aspecto de las islas, y particularmente el de la principal del archipiélagó, vienen á corroborar esas primeras pruebas de un origen reciente y plutoniano; habiendo pocas comarcas que ofrezcan una naturaleza mas atormentada, y conserven mas huellas de los trastornos de que ha sido y es todavía teatro.

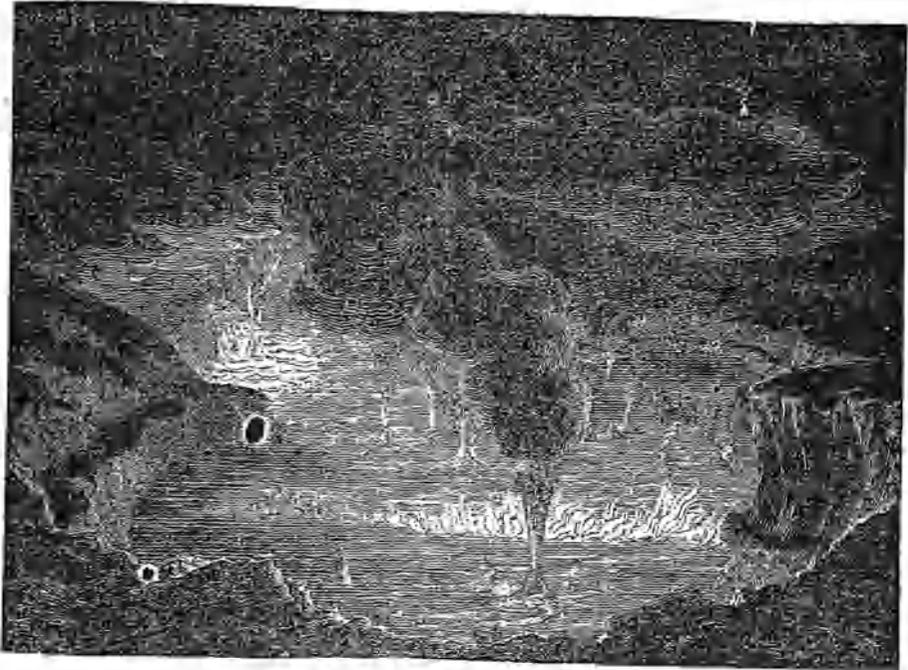
Sin embargo, no son esas solas las pruebas de la formación volcánica del archipiélagó, muchas otras islas guardan todavía huellas, para decirlo así, mas vivas, y renuevan cada día la superficie del suelo varios volcanes en plena actividad.

El mas celebre de todos, es el conocido bajo el nombre de Kiró-Ea, y se encuentra en la grande Haouai, la Owhyhée de los navegantes del siglo pasado, donde Cook perdió la vida. Este volcan está situado á veinte ó treinta leguas de la aldea Wai-Aken, celebre por la mansion del conodoro Byron, y actualmente habitada por misioneros protestantes. Conduce á él un sendero agradable y fácil, plantado de cocos, plátanos y pandanos, que guía á un hermoso bosque de alerites, al salir del cual vése ya una lava negra y lisa como el mármol. Revelan á poco el cercano volcan columnas de fuego, las cuales, á medida que se dista menos de él, ó mejor de los crateres, preséntanse mas anchas y mas elevadas. Llegase por último hasta la misma boca que despide el fuego y el humo, por un precipicio de cincuenta pies, abierto en la roca, y todo cubierto de zarzas y de arbustos. Un sordo y continuo rumor, y columnas de azulada llama anuncian la proximidad del volcan. Preséntase entonces un magnífico espectáculo á los ojos del viajero que osará penetrar en aquellas terribles regiones. Una llanura de siete á ocho millas de circunferencia, despléga, en medio de un terreno agitado y unduloso, como unos sesenta crateres cónicos, algunos de los cuales están en incansante actividad, elevándose de una profundidad de mas de mil trescientos pies ármellas de lava y azufre, cubiertas de hendiduras tan profundas, que apenas se atrave el ojo á sondearlas.

Interrumpen solo el negro tinte de aquel cuadro de una espantosa convulsión terrestre, algunas pinceladas de azufre, cuyo verde y amarillo matiz produce en los flancos de los diversos volcanes bizarros efectos de luz. Las paredes de otras escabaciones son á veces de un rojo moreno que va

muy bien con el color del vecino suelo. Lo que hace recomendable á la atención de los naturalistas el volcan de Kiro-Ea, es que en lugar de encontrarse en la cima del cono, como la mayor parte de los que le rodean, ó se encuentran en otras comarcas, hállase situada en una profunda hondura, á la cual se baja por unos terraplenes dispuestos á poca

diferencia en forma de gradería, disposición debida muy probablemente al hundimiento del cono primitivo. Puede bajarse hasta el antiguo nivel del volcan por un declive vertical de cerca de cuatrocientos pies. El camino que conduce al plano inferior es tortuoso y abierto sobre montones de lava y de rocas prontas á desplomarse. Por tan difícil



Volcanes de la Isla Haonal.

sendero, que guía á una negra garganta de paredes de basalto, desde donde se descubre apenas el cielo, bajaron el comodoro Byron, los misioneros, y varios oficiales de la marina francesa. Para llegar á uno de los volcanes en actividad, hay todavía otro camino de una lava todavía mas ardiente, pero la temperatura del suelo es tan elevada que no se puede tener la mano encima, prendiéndose frecuentemente fuego en el extremo de las largas estacas destinadas á sostener el terreno.

Es imposible pintar el espectáculo á la vez imponente y horroroso que presentan aquellos valles casi infernales, sobre todo en una bella noche y estando el cielo estrellado.

La lava se ha abierto un camino en el cráter, y mana por encima de capas superficiales, que aunque endurecidas, han conservado en su concreción sus undulaciones y accidentes. Esos intestinos, que sirven como de conductos á las erupciones volcánicas, tienen generalmente de ocho á diez pies

de longitud, y la bóveda inferior forma una curva, á la cual se pegan bajo todas las formas innumerables estalactitas, presentando las mas bizarras configuraciones.

Una calzada de ciento cincuenta toesas escasas, separa el Kiro-Ea del Kiro-Faiti ó pequeño Kiro-Ea, otro volcan apagado hace ya largo tiempo. El terreno de la llanura en que está situado es de tal modo caliente, que los leñadores cuecen en él sus alimentos, envolviéndolos en hojas de helecho y enterrándolos durante algunas horas.

No son esos los únicos volcanes de la isla, encuéntrase todavía el de Pouna-Hohoa no menos curioso que los precedentes. Es de reciente formación, y sus dos grandes grietas que vomitan llamas y ardientes lavas, no se abrieron sino ahora hace dos años. Por último, al extremo septentrional de Kai-Rona, encuéntrase el Mouna-Hova-Barai, cuya erupcion dió origen á un promontorio.

Esos volcanes, con sus frecuentes erupciones,

con su aspecto amenazador y los estragos que ejercen en la isla de Haouai, debieron necesariamente de herir la imaginacion de los insulares, y dar margen á fábulas forjadas por la ignorancia y heredadas por el miedo. Segun las tradiciones y creencias de la isla, el Kiro-Ea remonta á la formacion del mundo, es decir al nacimiento del archipiélago. En su cráter y llanuras que le rodean, habita la terrible diosa Pelé junto con las otras deidades ignivomas, las cuales se complacen en nadar en las ardientes lavas y torbellinos de llamas al son de la estrepitosa música de las erupciones. La diosa Pelé, segun los habitantes de Sandwich, vaga por los conductos subterráneos de la lava, habiéndoseido ella quien persiguió con su furor á Bon-o-Kahavari, poderoso jefe del distrito de Pouna, donde se encuentran los volcanes de que hemos hablado. La persecucion que ese príncipe de Haouai tuviera que sufrir de parte de la terrible deidad, no es mas que la fábula de una irrupcion antigua, sin duda, que trastornó toda la isla. Conclúyase Pelé un vivo resentimiento contra Kahavari, por haberle este jefe vencido en el juego de hazoné, especie de montañas rusas, en el cual el que primero llega al término en su trineo es proclamado vencedor. Sin embargo Kahavari escapó á duras penas á la venganza de la diosa, arrojándose en una piragua y ganando la isla de Oaouai. En vano fuera de sí Pelé arrojó contra su enemigo un enorme pedasco, que no le alcanzara. Pelé y Kahavari son dos volcanes, de los cuales el primero es el de Kiro-Ea, y el segundo está en la actualidad apagado, no siendo esa fábula mas que la historia alegórica de las erupciones terribles que verificaron á porfia los dos cráteres.

Sacrificábanse á Pelé víctimas humanas, y véase todavía á corta distancia de Kiro-Ea-Iti, las ruinas de un templo ó Heiau, donde se consumaban los horribles holocaustos. En otro tiempo hacíase una célebre peregrinacion á aquel templo que fuera mansion del profeta Kamaka-Ake-Akonas, que vivia bajo el reinado de Tamea Mea, y alcanzara en las islas de Sandwich gran reputacion de santidad.

Este Tamea Mea uno de los monarcas mas ilustres de aquellas islas, contuvo un dia una erupcion de Moua-Houa-Rarai que habia devastado todo el distrito. Hacía la lava rápidos progresos, y amenazaba sepultar bajo sus ardientes ondas todas las llanuras de alrededor. Plegarlas, exorcismos, ofrendas, nada bastara á detener el rio de fuego, cuando cortando un rizo de sus cabellos, que era Tabou (1) arrojólo Tamea Mea en la lava que paró de manar dos dias despues, con lo que el rey de Haouai pareció haber sido mas

puderoso que todos los medios empleados para conjurar el furor de las divinidades volcanicas. No nos estenderemos mas sobre los volcanes de Sandwich, bastando lo dicho para dar una idea de una de las obras mas admirables de la naturaleza y de todo cuanto el archipiélago Haouai puede ofrecer de interesante al viajero avido de emociones fuertes, y de espectáculos nuevos.

ANUNCIOS.

GUIA

DEL VIAGERO EN ESPAÑA.

SEGUNDA EDICION

Considerablemente corregida y aumentada.

Comprende una noticia histórica, geográfica y estadística del reino; descripción de las principales poblaciones que atraviesa el viajero en todas las carreteras generales y transversales; distancia de la capital á las principales ciudades y de estas entre sí, con un cuadro estadístico de las provincias de España, partidos en que se dividen, número de pueblos, de vecinos y de almas de que constan, con un apéndice que reúne cuantas noticias puedan apetecerse relativas á comunicacion y transporte; diligencias, correos, carrns, galeras, ordinarios, mensagerias, fondas, cafés, baños, aguas minerales, ferias, mercados, &c. &c. Un tomo en 8.º, de mas de 500 páginas, edicion compacta.

Se vende á 16 rs. en rustica, y 18 en cartonado á la inglesa, y 20 en pasta, en Madrid en el Gabinete literario, calle del Príncipe y en la administracion de diligencias Peninsulares. En las provincias en casa de todos los corresponsales del señor Mellado, editor, y en las administraciones de correos y diligencias.

ESPAÑA GEOGRAFICA,

HISTÓRICA, ESTADÍSTICA Y PINTORESCA.

Un tomo de mas de 1.000 páginas en 4.º mayor, edicion de lujo, con preciosos grabados que representan vistas de los monumentos y poblaciones notables, y trages de todas las provincias, impreso con toda elegancia y esmero en esquisito papel. Se publica por tomos ó por entregas á eleccion del suscriptor; pagando el tomo de una vez antes de publicarse la entrega quinta solo costara 50 rs. en Madrid y 56 en provincia. Despues de la publicacion de esta entrega el suscriptor pagará tantas cuantas tenga el tomo á razon de dos rs. cada una, y diez rs. por cuatro en provincia.

Se suscribe en Madrid, en el Gabinete literario, calle del Príncipe núm. 25, y en las provincias en casa de todos los corresponsales del establecimiento tipográfico del señor Mellado, editor.

(1) El Tabou, esta palabra que significa en lengua polinesia, interdiccion completa y rigurosa, prohibicion del contacto de la vista, aplicase á una cosa sagrada que no es lícito tocar bajo pena de la vida. Poníase el Tabou á una persona, á un animal, á un trozo de tierra, á un árbol, á un brazo de mar, etc. podía ser temporal, y alado por la divinidad, es decir por los sacerdotes; siendo esta institucion religiosa comun á la mayor parte de los archipiélagos de la Polynesia.